

aquí, en compañía de la duquesa mi señora, y podría ser que, cuando volviese, hallase mejorada la causa de la señora Dulcinea en tercio y quinto; porque pienso, en los ratos ociosos y desocupados, darme una tanda de azotes, que no me la cubra pelo.—Con todo eso, le habeis de acompañar si fuere necesario, buen Sancho, porque os lo rogarán buenos; que no han de quedar por vuestro inútil temor tan poblados los rostros destas señoras, que cierto sería mal caso.—¡Aquí del rey otra vez! replicó Sancho; cuando esta caridad se hiciera por algunas doncellas recogidas, ó por algunas niñas de la doctrina, pudiera el hombre aventurarse á cualquier trabajo; pero ¡que lo sufra por quitar las barbas á dueñas! ¡mal año! ¡mas que las viese yo á todas con barbas, desde la mayor hasta la menor, y de la mas melindrosa hasta la mas repulgada!—Mal estais con las dueñas, Sancho amigo, dijo la duquesa; mucho os vais tras la opinion del boticario toledano; ¡pues á fe, que no teneis razon! que dueñas hay en mi casa que pueden ser ejemplo de dueñas; que aquí está mi Doña Rodriguez, que no me dejará decir otra cosa.—¡Mas que la diga vuestra excelencia! dijo Rodriguez; que Dios sabe la verdad de todo, y buenas ó malas, barbadas ó lampiñas que seamos las dueñas, tambien nos parieron vuestras madres, como á las otras mujeres; y pues Dios nos echó en el mundo, él sabe para qué, y á su misericordia me atengo, y no á las barbas de nadie.—Ahora bien, señora Rodriguez, dijo Don Quijote, y señora Trifaldi, y compañía: yo espero en el cielo, que mirará con buenos ojos vuestras cuitas; que Sancho hará lo que yo le mandare, ya viniese Clavileño, y ya me viese con Malambruno; que yo sé, que no habria navaja que con mas facilidad rapase á vuestras mercedes, como mi espada raparia de los hombros la cabeza de Malambruno: que Dios sufre á los malos, pero no para siempre.—¡Ay! dijo á esta sazón la Dolorida; con benignos ojos miren á vuestra grandeza, valeroso caballero, todas las estrellas de las regiones celestes, é infundan en vuestro ánimo toda prosperidad y valentía, para ser escudo y amparo del vituperoso y abatido género dueñesco, abominado de boticarios, murmurado de escuderos, y socaliñado de pajes, ¡que mal haya la bellaca que en la flor de su edad no se metió primero á ser monja que á dueña! ¡desdichadas de nosotras las dueñas, que, aunque vengamos por línea recta de varon en varon del mismo Héctor el troyano, no dejarán de echarnos un vos vuestras señoras si pensasen por ello ser reinas! ¡Oh gigante Malambruno, que, aunque eres encantador, eres certísimo en tus promesas! envíanos ya al sin par Clavileño, para que nuestra desdicha se acabe; que si entra el calor, y estas vuestras barbas duran, ¡guay de nuestra ventura!” Dijo esto con tanto sentimiento la Trifaldi, que sacó las lágrimas de los ojos de todos los circunstantes, y aun arrasó los de Sancho; y propuso en su corazon de acompañar á su señor hasta las últimas partes del mundo, si es que en ello consistiese quitar la lana de aquellos venerables rostros.

## CAPÍTULO XLI.

De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura.

LLEGÓ en esto la noche, y con ella el punto determinado en que el famoso caballo Clavileño viniese, cuya tardanza fatigaba ya á Don Quijote, pareciéndole que, pues Malambruno se detenía en enviarle, ó que él no era el caballero para quien estaba guardada aquella aventura, ó que Malambruno no osaba venir con él á singular batalla. Pero veis aquí cuando á deshora entraron por el jardín cuatro salvajes, vestidos todos de verde yedra, que sobre sus hombros traian un gran caballo de madera. Pusiéronle de piés en el suelo, y uno de los salvajes dijo: “Suba sobre esta máquina el caballero que tuviere ánimo para ello.—Aquí, dijo Sancho, yo no subo, porque ni tengo ánimo, ni soy caballero;” y el salvaje prosiguió, diciendo: “Y ocupe las ancas el escudero, si es que lo tiene, y fiese del valeroso Malambruno, que, si no fuere de su espada, de ninguna otra, ni de otra malicia será ofendido; y no hay mas que torcer esta clavija que sobre el cuello trae puesta, que él los llevará por los aires, adonde los atiende Malambruno; pero, por que la alteza y sublimidad del camino no les cause vaguidos, se han de cubrir los ojos hasta que el caballo relinche, que será señal de haber dado fin á su viaje.” Esto dicho, dejando á Clavileño, con gentil continente se volvieron por donde habian venido. La Dolorida, así como vió al caballo, casi con lágrimas dijo á Don Quijote: “¡Valeroso caballero! las promesas de Malambruno han sido ciertas: el caballo está en casa, vuestras barbas crecen, y cada una de nosotras, y con cada pelo dellas, te suplicamos nos rapes y tundas, pues no está en mas sino en que subas en él con tu escudero, y dés felice principio á vuestro nuevo viaje.—Eso haré yo, señora condesa Trifaldi, de muy buen grado y de mejor talante, sin ponerme á tomar cojin ni calzarme espuelas, por no detenerme: ¡tanta es la gana que tengo de veros á vos, señora,

y á todas estas dueñas rasas y mondas!—Eso no haré yo, dijo Sancho, ni de malo ni de buen talante, en ninguna manera; y si es que este rapamiento no se puede hacer sin que yo suba á las ancas, bien puede buscar mi señor otro escudero que le acompañe, y estas señoras otro modo de alisarse los rostros, que yo no soy brujo para gustar de andar por los aires; y ¿qué dirán mis insulanos cuando sepan que su gobernador se anda paseando por los vientos? Y otra cosa mas: que, habiendo tres mil y tantas leguas de aquí á Candaya, si el caballo se cansa, ó el gigante se enoja, tardaremos en dar la vuelta media docena de años, y ya ni habrá insula ni insulos en el mundo que me conozcan: y pues se dice comunmente, que *en la tardanza va el peligro*, y que *cuando te dieren la vaquilla acudas con la soguilla*, perdónenme las barbas destas señoras, que bien se está San Pedro en Roma, quiero decir, que bien me estoy en esta casa, donde tanta merced se me hace, y de cuyo dueño, tan gran bien espero como es verme gobernador.” Á lo que el duque dijo: “Sancho amigo: la insula que yo os he prometido, no es movable ni fugitiva; raíces tiene tan hondas, echadas en los abismos de la tierra, que no la arrancarán ni mudarán de donde está, á tres tirones; y pues vos sabéis que sé yo que no hay ningun género de oficio destes de mayor cantía que no se granjee con alguna suerte de cohecho, cuál mas, cuál menos, el que yo quiero llevar por este gobierno es, que vais con vuestro señor Don Quijote á dar cima y cabo á esta memorable aventura: que ahora volvais sobre Clavileño, con la brevedad que su ligereza promete, ora la contraria fortuna os traiga y vuelva á pié, hecho romero, de meson en meson y de venta en venta, siempre que volviéredes hallareis vuestra insula donde la dejais, y á vuestros insulanos con el mismo deseo de recebiros por su gobernador, que siempre han tenido, y mi voluntad será la misma; y no pongais duda en esta verdad, señor Sancho, que sería hacer notorio agravio al deseo que de serviros tengo.—No mas, señor, dijo Sancho: yo soy un pobre escudero, y no puedo llevar á cuestras tantas cortesías: suba mi amo, tápenme estos ojos, y encomiéndenme á Dios, y avisenme si, cuando vamos por esas altanerías, podré encomendarme á Nuestro Señor, ó invocar los Ángeles que me favorezcan.” Á lo que respondió Trifaldi: “Sancho: bien podeis encomendaros á Dios, ó á quien quisiéredes, que Malambruno, aunque es encantador, es cristiano, y hace sus encantamientos con mucha sagacidad y con mucho tiento, sin meterse con nadie.—¡Ea pues, dijo Sancho, Dios me ayude y la Santísima Trinidad de Gaeta!—Desde la memorable aventura de los batanes, dijo Don Quijote, nunca he visto á Sancho con tanto temor como ahora; y si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad me hiciera algunas cosquillas en el ánimo. Pero llegaos aquí, Sancho; que, con licencia destes señores, os quiero hablar aparte dos palabras;” y, apartando á Sancho entre unos árboles del jardín, y asiéndole ambas las manos, le dijo: “Ya ves, Sancho hermano, el largo viaje que nos espera, y que sabe Dios cuándo volveremos dél, ni la comodidad y espacio que nos darán los negocios;

y así, querría que ahora te retirases en tu aposento, como que vas á buscar alguna cosa necesaria para el camino, y en un daca las pajas te dieses, á buena cuenta de los tres mil y treientos azotes á que estás obligado, siquiera quinientos, que dados te los tendrás; que, el comenzar las cosas, es tenerlas medio acabadas.—¡Par Dios, dijo Sancho, que vuesa merced debe de ser menguado! esto es como aquello que dicen: *en priesa me ves y doncellez me demandas*: ¡ahora que tengo de ir sentado en una tabla rasa, quiere vuesa merced que me lastime las posas! En verdad, en verdad, que no tiene vuesa merced razon: vamos ahora á rapar estas dueñas; que, á la vuelta, yo le prometo á vuesa merced, como quien soy, de darme tanta priesa á salir de mi obligacion, que vuesa merced se contente, y no le digo mas.” Y Don Quijote respondió: “Pues con esa promesa, buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumplirás, porque en efecto, aunque tonto, eres hombre verídico.—No soy verde, sino moreno, dijo Sancho; pero, aunque fuera de mezela, cumpliera mi palabra.” Y con esto, se volvieron á subir en Clavileño; y, al subir, dijo Don Quijote: “Tapaos, Sancho, y subid, Sancho; que, quien de tan lueñas tierras envia por nosotros, no será para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar de engañar á quien dél se fia; y puesto que todo sucediese al revés de lo que imagino, la gloria de haber emprendido esta hazaña no la podrá escurecer malicia alguna.—Vamos, señor, dijo Sancho; que las barbas y lágrimas destas señoras las tengo clavadas en el corazón, y no comeré bocado que bien me sepa hasta verlas en su primera lisura. Suba vuesa merced, y tápese primero; que, si yo tengo de ir á las ancas, claro está que primero sube el de la silla.—Así es la verdad,” replicó Don Quijote; y sacando un pañuelo de la faldriquera, pidió á la Dolorida que le cubriese muy bien los ojos; y, habiéndoselos cubierto, se volvió á descubrir, y dijo: “Si mal no me acuerdo, yo he leído en Virgilio aquello del *Paladion de Troya*, que fué un caballo de madera que los griegos presentaron á la diosa Palas, el cual iba preñado de caballeros armados, que despues fueron la total ruina de Troya; y así, será bien ver primero lo que Clavileño trae en su estómago.—No hay para qué, dijo la Dolorida, que yo le fio, y sé que Malambruno no tiene nada de malicioso ni de traidor: vuesa merced, señor Don Quijote, suba sin pavor alguno, y á mi daño si alguno le sucediere.” Parecióle á Don Quijote que, cualquiera cosa que replicase acerca de su seguridad, sería poner en detrimento su valentía; y así, sin mas altercar, subió sobre Clavileño, y le tentó la clavija, que fácilmente se rodeaba; y como no tenia estribos, y le colgaban las piernas, no parecía sino figura de tapiz flamenco, pintada ó tejida en algun romano triunfo. De mal talante, y poco á poco, llegó á subir Sancho; y acomodándose lo mejor que pudo en las ancas, las halló algo duras y no nada blandas, y pidió al duque que, si fuese posible, le acomodasen de algun cojin ó de alguna almohada, aunque fuese del estrado de su señora la duquesa, ó del lecho de algun paje, porque las ancas de aquel caballo mas parecían de mármol que de leño. Á esto dijo la Trifaldi, que ningun jaez ni